

Entrevista a Dora Barrancos: conversando con la maestra¹

Entrevista realizada en el mes de agosto del año 2022

Venticinque, Valeria

Universidad Nacional de Rosario / Universidad Nacional del Litoral, Argentina
valeriaventicinque@yahoo.com.ar

Dellara, Sandra

Universidad Católica, Argentina
sandraddellara@gmail.com

Fecha de recepción: 13 de octubre de 2023 / Fecha de aprobación: 20 de marzo de 2024

1. Introducción

Conocimos a Dora Barrancos en las lecturas cuando iniciamos nuestra formación de grado. Años después, en un otoño rosarino pudimos verla en persona, ese encuentro profundizó nuestro interés por los estudios de género y feministas. La Dra. Barrancos siempre fue una lectura obligada para marcar el rumbo hacia la conquista de más derechos.

Por eso, treinta años más tarde, en el mes de diciembre del año 2022, nosotras, sus estudiantes, fuimos a su encuentro para seguir conversando, compartiendo y disfrutando de la Maestra, ella que nos formó amorosamente a todas nosotras. Dora Barrancos es Socióloga (UBA), recibida con diploma de honor. Magister en Educación (Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil). Doctora en Historia (Universidade Estadual de Campinas, Brasil). Investigadora principal del CONICET y Directora por el área de Ciencias Sociales y Humanidades (2010-2019).

Autora de «Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principio de siglo», «Educación, cultura y trabajadores 1890-1930», «Historia y Género», «La escena iluminada. Ciencias para trabajadores (1890-1930)», «Inclusión/exclusión. Historia con mujeres», «Las mujeres y sus luchas en la historia argentina», «Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos», «Mujeres, entre la casa y la plaza», «Moralidades y comportamientos sexuales: Argentina, 1880-201», este último en coautoría con Donna Guy y Adriana Valobra.

Escribió más de 150 artículos publicados en revistas científicas sobre temas relacionados con el feminismo y los movimientos sociales.

Legisladora por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) (1997-2000). Entre 2000 y 2010 dirigió el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En la Facultad de Ciencias Sociales es Profesora Consulta. Recibió el Premio Konex 2016 en Estudios de Género; el premio «Ciencia y Mujer», 13 nombres para

¹ Una versión preliminar de esta Entrevista se encuentra publicada en la web del Observatorio Mundial Mujeres Políticas.

cambiar al mundo del Centro Nacional de Investigación sobre Evolución Humana (Burgos, España).

Fue Declarada Personalidad Ilustre de la CABA; obtuvo el Premio Excelencia Académica de la Universidad de Buenos Aires y es Miembro Honorario de la Sociedad Latinoamericana de Filosofía Práctica, declarada Profesora honoraria por la Universidad de la Pampa 2017. Doctora Honoris Causa Universidad Nacional de Córdoba 2017 y Doctora Honoris Causa Universidad de Mar del Plata 2018, entre otras distinciones.

2. Entrevista

Valeria Venticinque - Sandra Dellara (VV-SD): —Nos gustaría conocer a Dora Barrancos por la misma Dora. Quién es Dora Barrancos.

Dora Barrancos (DB): —Hay muchas Doras Barrancos. Una teoría bellísima dice que, *habemus* muchas mujeres en nuestra condición identitaria sin llegar por ello a la esquizofrenia. Hay una que se distingue a lo largo del tiempo y es un ímpetu que he tenido desde niña, oficiar de justiciera básica. Me miro con 7 años y me percibo como una agente que quiere poner justicia. Donde había un atropello, tendía a reaccionar. Donde había maltrato, ahí estaba la justiciera. Siempre cuento que mi padre era un liberal socialista y mi madre protestante de origen valdense. En mi familia había un clima de comunicación politizada en términos de lo social justo. La otra cuestión mía es una necesidad de autonomía. El sojuzgamiento es insoportable, intolerable. Una inadecuación total a las formas que muchas veces tuve que vivir. Era maestra y tuve una directora autoritaria tremenda. Me impedía tutear a los alumnos, trabajaba en una escuela de adultos y algunos eran mayores que yo. Tenía 21 años, apego y empatía por ellos, porque eran de sectores populares que venían a formarse. Eso era una manifestación de adversidad para esta directora. Era siniestra. No soportaba mi autonomía. Pensándolo ahora de manera feminista creo que no toleraba mi absoluta determinación por quebrantar la opresión. La otra cuestión que me liga es el deseo de conocer. Aprendí a leer muy temprano. A los 2 años tomaba los libros y hacía que leía. Mis padres siempre contaban esta anécdota. Mi amor por los libros es de orden físico, una empatía con el objeto. Por suerte tenía contacto con los libros, porque mi papá era director de escuela y recibía cajones de libros que mandaba el Consejo Nacional de Educación. El olor de los libros era una situación que me producía un estado de felicidad.

Leí muy rápidamente, la lectura en voz alta era ejemplar, me mandaban a hacerla a menudo. Mi padre quiso que la maestra de primer grado me acompañara hasta segundo grado inclusive. Se llamaba Blancanieves, era tan buena docente que la trasladaba de grupo a medida que yo avanzaba. La devoción por los libros y la avidez por conocer es una cuestión mía desde muy temprano. Leer mucho habilita cierta habilidad en la escritura y una chance de ampliar la inteligibilidad, la capacidad reflexiva.

Luego, está la figura militante. Comencé en el socialismo de vanguardia, luego me decidí por el peronismo. Mi familia era antiperonista, pero yo tenía con certeza la culpa judeo cristiana por la indefensión en que habían sido puestas las masas populares. Me parece que es un estatuto regular de mi generación: sentir que tenía que romper con la complicidad de la exclusión de los pobres con la derrota del peronismo.

No había conformado un estatuto militante en la universidad. Me interesaba a medias, me parecía que era un regodeo, porque estaba casi segura que la sintonía estaba fuera de la universidad. La transformación verdadera no dependía de la militancia universitaria y en 1968 ya me sumé a militar. Un libro que me terminó de cambiar mis

posiciones fue *Operación masacre* de Rodolfo Walsh. Era la relevación, lo que me faltaba para hacer una fusión de sensibilidades respecto de los sectores peronistas.

En 1971 me separé de mi primera pareja, padre de mis dos hijas. Estaba viviendo temporalmente en Río Negro y volví a Buenos Aires. Milité en Berazategui y Ezpeleta hasta que, en 1974, donde militaba se incorporó Montoneros y tenía diferencias de enfoque y perspectivas. Tenía una desconfianza en lo que yo llamaba «la insurgencia de las clases medias» pero, muchos compañeros optaron por la lucha armada. En el barrio hubo escisión del grupo que se había gestado, cuya raíz era la antigua resistencia del peronismo. Me pareció muy perturbador que tuviéramos que marcar diferencias haciendo ranchos aparte. Yo dije que no era posible litigar la adhesión de la militancia y entonces dejé de militar en el territorio.

En 1973 ocupé un cargo en la provincia de Buenos Aires. Trabajaba en el PAMI y nunca dejé de militar, porque teníamos la necesidad de hacer la organización gremial, hicimos un escándalo de piquete porque nos tenían contratados. Lo cierto es que cuando llegué a casa estaba con el telegrama de cesantía. Con el gran Acuerdo Nacional nos repusieron a todos y conseguimos estabilidad. En 1976 hubo una exoneración completa de compañeras y compañeros, entre ellos yo misma. En mi familia desapareció una prima de 20 años y fue siendo muy arriesgado quedarnos, las hostilidades eran cada vez más cercanas. Pero no salí en el '76, porque el padre de mis hijas no dió la autorización de salida. Eso fue tremendo. Gracias a la innoble situación existente de que la patria potestad la tenía el padre.

En abril del '77 detienen a una amiga a la que liberan a los pocos días. Ella me comunica que una buena parte de la interrogación recaía sobre mí. Entonces estábamos avisados: teníamos que tener las valijas listas y los pasaportes en la mano. No había más opción. Yo resistía irme, pero mi compañero hasta hoy (el padre de mi hija menor) me dijo algo severo y configurador de una razonable decisión: «Mirá Negra, es preferible que las nenas te lloren un rato por distanciamiento a que te lloren muerta». Así que eso fue de una contundencia incontestable.

Esperamos un poco, nunca más volvimos a la casa solamente para desarmarla tomando todos los recaudos, y ahí me instalé en Brasil. Lamentablemente fue tremendo, porque me fui solo con mi niña menor, tenía un año. Pude reencontrarme con mis hijitas en los primeros días de diciembre cuando, finalmente, mi ex pareja dio la autorización de salida. Lo pesaroso deja marcas y huellas, pero hay que hacer lo imposible por hacer una sutura e ir hacia adelante. Tengo una enorme energía, vaya a saber de dónde proviene, y una capacidad también de expectativa positiva. No me doy bien con las penumbras y no soy rumiante de los pesares. El día siguiente debe ser mejor, también es una apuesta política. Ya sea, para la dimensión de la política feminista o para el encuadramiento más general, me he ligado a la idea de que cuando hay convicción debe haber mucha energía y esto debe ser el acicate para la acción. La acción humana resulta el predictivo mayor de la posibilidad transformadora. A pesar de los pesares hay confianza en la condición humana.

Hace poco vi una entrevista que le realizaron a Roberto Rosellini y terminó diciendo: «perdón, yo quiero que me permitan seguir creyendo en la condición humana». A mí me pasa algo de eso. Es un crédito que nos obliga a comunicar, a la empatía, a transformar. La condición humana no es inercial, está en movimiento. Sin embargo, pienso que hay reservas fundamentales en la propia condición humana y que lo más aciago tiene que ser pasajero según ese optimismo de la voluntad gramsciana. Nuestra obligación es jamás aceptar la derrota definitiva. Es una de las cuestiones que hace a mi arcadía subjetiva.

VV-SD: —En esto de crecer a partir de la acción, de lo colectivo, pensamos en Dora Barrancos investigadora, académica mediante estas vivencias. Cómo ha sido ese recorrido.

DB: —En Brasil tuve un desempeño que no pudo haber sido más gratificante. Todavía tenía un comportamiento como socióloga, y todo lo que había aprendido en PAMI en materia de salud pública general sirvió para que pudiera encontrar un puesto de trabajo en la Secretaría de Salud del estado de Minas Gerais casi de inmediato. Llegué a ser Directora de la Escuela de Salud Pública que era una bizarría, porque era la primera mujer no brasileña y no médica ocupando el cargo. Decidí regresar a Argentina luego de la guerra de Malvinas sabiendo -absolutamente- que se quebraría la dictadura.

En 1983 volvió primero mi hija mayor porque iba a empezar la escuela secundaria. En 1984 regresó Eduardo con las dos niñas menores pero, yo tenía un compromiso con la Escuela de Salud que no lo podía dejar así nomás. Hice un pacto de mucho cariño: mi cargo estaba a disposición a partir de junio. Si hubiera sido por el amor de tanta gente en Brasil no hubiera vuelto nunca a la Argentina, porque tenía una adaptación notable y, eso era una traba severísima. Ahora bien, había que hacer muchos cortes en mi vida en ese entonces. Yo dije: «esto se quiebra así y es borrón y cuenta nueva». Fue lo que hice porque los riesgos de permanecer aumentaban, aunque ya la vuelta a la Argentina era traumática. Fue un trauma dejar el país, pero no dejaba de ser conflictivo volver.

Ahí pensé que tenía que apostar a una asignatura pendiente en mi vida: la historia. El proyecto de análisis de lo que eran las vanguardias, los sectores obreros organizados, los cauces ideológicos -anarquismo, socialismo, sindicalismo revolucionario- tiene algo que ver con la pregunta: ¿Qué había pasado en el país sumido en una brutal dictadura que tenía ese pasado de tanta inscripción rebelde?

Finalmente, le acerté con mi proyecto sobre anarquismo y cultura. Había hecho la Maestría en Brasil y la tesis sería sobre anarquismo, educación y cultura. Fue lo que hice. Pero le debo mucha a la sociología, a sus formulaciones teóricas. Acerté definitivamente con el camino historiográfico y me doctoré en Campinas. Ya había vuelto a la Argentina cuando hice la aplicación para hacer el Doctorado allí. Tenía una buena cantidad de obra publicada. Este posgrado admitía hasta dos o tres candidaturas externas. En la universidad pública brasileña el posgrado es gratuito, pero es muy rara la oportunidad de ingresar, la admisibilidad es mínima. Ese año fueron admitidos solo 5 candidatos para el Doctorado. Tuve mucha suerte pues me dieron por resueltos una gran cantidad de créditos. Yo había hecho una estadía en Francia 1988 y todo me fue validado. Éramos muy pocos cursando el Doctorado de Campinas, así que teníamos una especie de co-docencia. Tuve una beca doctoral y pude defender la tesis muy rápidamente, pero también fue una decisión estratégica de mi parte haber decidido muy de antemano el objeto de la tesis y contaba con una gran selección de fuentes. Mi director fue una figura muy destacada, Michael Hall, especialista en el mundo del trabajo.

Mientras tanto, peleaba el ingreso en el CONICET, tenía desde el 88, un contrato que se renovaba. Cuando Menem pone gente de derecha en el organismo, se me interrumpe el ingreso a carrera. Hicimos una movida muy grande porque mi situación ya estaba para pauta de directorio y toda la evaluación hecha volvió para atrás. Fue muy doloroso, pero la única manera era seguir produciendo como si ninguna adversidad me estuviera acorralando. Es un consejo que siempre le he dado a la gente: hay que seguir produciendo contra viento y marea, hay que insistir.

En 1992 recién nos consagraron el ingreso. Estuve diez años trabajando temas de educación, proletariado, cultura y vanguardias. Luego, me dediqué exclusivamente a la historia de las mujeres. Podría haber seguido trabajando algún tiempo más en los temas iniciales, pero sentí que ya se había saturado. Cada vez que una investiga, la primera modificada es una misma y eso es maravilloso. En eso se cumple un *dictatum* notable de un

profesor de Epistemología que tenía en Brasil: «El camino del conocimiento va del conocer al no conocer». Ha funcionado como un acicate y he seguido produciendo sin solución de continuidad.

En 2020 apareció mi último libro que aún no está en Argentina, debemos esperar unos meses. Se titula *Los feminismos en América Latina*, en la colección de Historia mínima del Colegio de México. Fue un trabajo arduo de años, de ir acumulando y de tres veranos de escritura, desde mediados de diciembre hasta mediados de marzo. Para mí fue la enorme oportunidad de un conocimiento sobre los trayectos de los feminismos en América Latina con circunstancias que no conocía. Tenemos feminismos de todas las condiciones en todos los países de Latinoamérica.

VV-SD: —¿Qué relación encuentras entre los feminismos latinoamericano y el poder actualmente?

DB: —Situación compleja y contradictoria porque debe pensarse que también hay argumentos que son muy adversos a las cuestiones de cierto estatismo feminista, por decirlo de manera muy rápida. Pocas veces uso este término. O sea, hay un feminismo de todas las condiciones, pero, también hay un feminismo vinculado al poder político. Los cauces feministas de América Latina, felizmente, tienen mucho que ver con unas sintomatologías relacionales. Son feminismos progresistas que se afianzan en configuraciones societales más amplias, que solicitan derechos para las mujeres pero piensan en órdenes interseccionales de clases y etnias. Ahí hay unos vertederos que asoman hacia la idea de incorporar la justicia integral en nuestros países.

Obviamente tenemos la perspectiva de cierta centralidad del Estado, de políticas para erradicar al patriarcado. A veces hay desentendimientos entre los feminismos y el poder político. Quien más abogó por una fórmula de entendimiento es la chilena Julieta

Kirkwood, quien dijo: «¿Qué le exigimos a la política? Que haga feminismo. Las políticas deben hacer feminismo, las feministas deben acercarse al cauce de la política». Me parece que en este momento en Argentina tenemos aperturas para contar con la responsabilidad del Estado. Creo que hay una oportunidad conjuntiva, lo que no quiere decir que no haya diferencias, roces, fricciones. En el país consagramos una promesa acerca de la justicia social con justicia de género, esa es la apuesta, y se instala en el presupuesto institucional del Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidades.

En este momento veo una oportunidad de un cierto estado de correlación positiva. Eso no pasa cuando se está frente a gobiernos conservadores, pues ahí la situación cambia completamente, hay resistencias. Hoy, hay más convergencia que divergencia con el crudo poder político en el ciclo actual. Este último no puede desconocer que el movimiento más acrisolado, el de mayor prospectiva, el que está en ascenso en su capacidad de agencia corresponde a las feministas. En Argentina se ha visto con la marea verde -el derecho a la autonomía del cuerpo- y con el movimiento Ni una menos -la lucha por el derecho a tener vidas- una suerte de especial empujamiento de la demanda femenina y de la diversidad. Y, por eso, el país consiguió un estatuto de consideración peculiar por el ascenso de derechos para mujeres y diversidades. No hay otro país de América Latina que tenga ley de identidad de género ni que se proponga una ley de cupo para las personas de identidad diversa.

Llegamos a un punto en el que exportamos símbolos, energía y fuerza. Antes, la producción que tenían a mano las feministas provenía de la cuenca anglosajona y de otras fuentes europeas, aunque tuviéramos registros teóricos en América Latina, pero quedaban como opacados. Actualmente tenemos las condiciones invertidas. Es el Sur el que impulsa al Norte desde símbolos hasta energías y motivos movilizadores. Por ejemplo: el verde de los pañuelos en las agitaciones de Estados Unidos. Eso no quiere decir que

nos sentemos complacientes a hacer una especie de auto referencia. Esto implica mayores responsabilidades y nuevas luchas por la ampliación de derechos.

VV-SD: —*Argentina es un referente para las mujeres del mundo. Los avances realizados en el país son destacados en cada una de los estudios o eventos que se realizan en la región.*

DB: —En este momento lo es. Lo vemos, por ejemplo: con las solicitudes que recibimos. El año pasado tuvimos dos buenos coloquios con el Departamento de Derecho de Harvard participando varias de nosotras. Contamos cómo se había articulado la lucha por el aborto, la necesidad de hacer una referencia transversal, cómo se había ganado la voluntad de los legisladores. El hecho de cómo se había mancomunado la voluntad por el aborto en torno de 800 organizaciones de mujeres participantes en la campaña. Sabíamos, que si Argentina ganaba el aborto se venía la inexorable concatenación regional. Nos pone en una situación de impulsar a la procura de más y más derechos, probablemente no alcanzables en mi generación. Quizás en la de mis nietas habrá una erradicación de sus pústulas más dolorosas. Lo corroboro porque el problema de la identidad feminista no está en ponerse la carátula feminista sino en la adopción de una actitud feminista. Me encanta que las jóvenes digan: «soy feminista». Algo que, en nuestra generación, era preciso hacer cierto contorno porque era muy agresivo. Era una identidad muy bizarra.

En las universidades, por ejemplo: se llamaban estudios de mujeres, después, mujeres y luego, género. No le pusimos a ninguno Centro de estudios feministas. En los 90, la treta era no decir «feminismo». Hoy es completamente posible conjeturar que «estudios feministas» no significan incomodidad en los medios académicos.

VV-SD: —*¿Cómo dialogan las mujeres y las diversidades a la hora de pensar la propiedad de nuestras cuerpas? ¿Cómo continúa el recorrido entre la frontera de lo público y lo privado?*

DB: —Nosotras estamos haciendo esfuerzos muy grandes para que haya un reconocimiento de que lo privado es público y de que tenemos que tener una publicitación de la instancia privada en políticas para el cuidado. Es la primera vez que está la oportunidad de publicitar ese estatuto con políticas que se ocupen, como, una obligación fundamental, un resorte que tiene significado de dar genuina oportunidad para la actividad económica extra doméstica. Yo creo que, en este debate, lo personal se ha tornado político como nunca antes. La política de las cuerpas deviene en una interpelación pública y basta pensar en la accesibilidad a los servicios de salud de las personas disidentes en materia de sexualidad y/o de connotación sexo genérica.

Está todavía ahí una cuestión que refiere a un escenario que parece tan privado en todo lo que sugiere al deseo, pero, al mismo tiempo, la cuerpa es una nota política y va a seguir interpelado políticamente. Cada vez va a ser más resonante en el orden de la legalización de algunas cuestiones de encontrar garantía jurídica. La Argentina ha recorrido un camino, falta mucho, pero no puede abdicar de interpretar que todo cuerpo es político y que hay una interpelación a la política y al poder político que hacen las cuerpas en orden a la exigibilidad de más derechos.

Otro de los grandes desafíos es el trabajo extra doméstico, el mercado laboral. Ahí necesitamos una clara adopción de políticas públicas. No vamos a mejorar la mano invisible del mercado, que es el patriarcado -esa es la verdadera mano invisible- con displicencia por parte del Estado. Creo que sí hay una obligación del Estado para que haya políticas fiscales que signifiquen mejores oportunidades para las mujeres, políticas que tienen que ver en cada repertorio con la habilitación de un reconocimiento pleno de derecho a la condición femenina y las diversidades. Me refiero también a la política de vivienda, pasando por una política de salud, pero encuentro de enorme gravitación la ampliación del mercado laboral.

El mercado laboral requiere una fuerte intervención del Estado que diga cómo resolvemos desde abajo la capacidad de diversificación de actividades por parte de las jóvenes, las tecnologías en mano de ellas, las actividades otrora masculinas en manos de mujeres. Ahí se necesita una acción del Estado. El mecanismo fiscal es decisivo: premios y castigos. Estamos diciendo que las licitaciones -y están ocurriendo, aunque no lo sepamos- mejoran las condiciones de elegibilidad, si promete que aumenta el empleo de las mujeres y de las disidencias.

En suma, hay muchos mecanismos que el Estado puede usar, directos e indirectos. Además, hay que otorgar becas de manera continua desde la escuela media hasta el egreso universitario, para que tengamos más ingenieras civiles en electrónica, en energías, para desbaratar el orden funcional generizado patriarcal donde hay actividades típicas de mujeres y típicas para varones. Es irracional que eso ocurra. Quiero transmitir algo: las mujeres pueden ocuparse de cualquier actividad económica, pueden ocuparse de cualquier aspecto transformador, de cualquier tecnología por compleja que sea. La vez pasada en un curso sobre perspectiva de género destinado a niños de 7 u 8 años, para comenzar pregunté: ¿Qué dirían en su familia, si ustedes les dicen que no quieren ser amas de casa, que no quieren lavar platos y desean ser astronautas? Y en el caso de los varones: ¿Si dicen que les gusta la casa y no quieren ser ingenieros? No había terminado de hablar cuando una niña asomó su manita y dijo: «Yo, Dora, yo quiero ser astronauta y voy a ser la primera mujer en llegar a Marte. Esa es la misión: llegar a Marte». Eso es de una síntesis extraordinaria. Hay que confiar, por eso, en las nuevas generaciones.

Romper con esos estereotipos es revolucionario. El otro día hablábamos si las revoluciones llegaron a buen puerto y, en realidad, se van haciendo procesualmente, se van haciendo con esto: la niña que quiere ser astronauta, y estas nuevas masculinidades que quieren dedicarse a las cuestiones domésticas.

VV-SD: —¿Cómo ves el desarrollo de las disciplinas y los trabajos científicos coordinados por mujeres

DB: —Está habiendo una excelente calidad productiva, y lo puedo decir con conocimiento de causa. Hay un reconocimiento, sobre todo en el área académica, que es donde se juega la mal llamada meritocracia. Veo la producción y no me alcanzan los ojos y la inteligibilidad para poder absorber todo lo que se está haciendo. Hay una producción de tesis donde se puede apreciar de manera más sintética el enorme avance. Las tesis hablan y dicen qué vertebraciones están rigiendo, el grado de complejidad y de análisis incisivo sobre una miríada de tópicos vinculados a la perspectiva de género

Estoy segura de que va a haber más empinamiento, un mayor reconocimiento. Se habla con las mexicanas, para dar un ejemplo, y reconocen muchísimo el salto cuántico de los análisis generizados en nuestro medio. Hay una emergencia, insisto, de trabajos que son de enorme calidad. Y eso se debe a muchas maestras y a maestros también.

VV-SD: —Desde tu experiencia como directora del Conicet como observas este momento de las mujeres científicas.

DB: —Hay una cierta conmoción en la parroquia académica. Hace 25 años atrás había todavía restricciones y reticencias, una suerte de sonrisa sarcástica respecto de algunos nudos de conocimiento: historia de las mujeres, especialmente. Hemos escuchado cosas que comportaban casi un *bullying* académico. Pero hay un orgullo enorme y se ha dado una circunstancia muy argentina que es el enorme reclutamiento de mujeres en la vida académica y científica. Argentina tiene una posición notable en este momento: Está en los primeros lugares en cuanto al número de científicas mujeres; en general, la cuenca

latinoamericana es muy expresiva en la representación de mujeres en la academia. Tiene mejores tasas de participación en comparación con la Unión Europea, sin duda.

Esto hace que ahora sea inexorable observar a los compañeros varones, porque el zócalo patriarcal está socialmente muy bien distribuido. No falta orden patriarcal en ningún segmento de la comunidad de varones. Hace sólo 10 años atrás recuerdo algunas expresiones que daban cuenta de cierta menor legitimidad del trabajo femenino académico. Yo creo que hoy estamos en una vorágine de cambios y no solamente sería una incorrección política aventurar cualquier desplazamiento de una opinión denigratoria o de omisión, sino que también la joven generación de varones en la academia va teniendo otra sensibilidad. Los bastiones arcaicos tienen que ver con las franjas de edad, pero estamos frente a rupturas empíricamente comprobables. Desde ya, hay una altísima feminización de ciertos campos. Por señalar algunas disciplinas que fueron alcanzadas por mujeres: letras, antropología, ciencias políticas, sociología. Hay una carrera con una feminización impresionante: psicología, hasta el año pasado tenía alrededor de un 75% de mujeres en el CONICET. De todas maneras, la disciplina que tiene mayor número de mujeres en el CONICET no corresponde a las ciencias sociales y humanas, se trata de biología. Es absolutamente notable la absorción de voluntades femeninas en todas las ramas de la esa disciplina y se trata de un fenómeno mundial. A menudo hemos oído una interpretación absurda y apegada a los ritmos patriarcales. ¿Cuál era la interpretación que se hacía sobre la aproximación de las mujeres a la biología? Que las mujeres están más cerca de la vida. ¡Qué zonzera! Es un repertorio explicativo que representa una cancelación del raciocinio. En cambio, mi hipótesis es contraria a esta pseudo explicación. En las rupturas posibles de la investigación científica, que no están impregnadas por el estereotipo femenino, como sociales y humanidades, es evidente que hay ahí una apertura notable hacia la biología, porque creo que esta disciplina tiene una tracción y una atracción dada la vertiginosa cantidad de transformaciones habidas en esa área del conocimiento. Por ejemplo: la dinámica de la biología molecular y su importancia desde el punto de vista estratégico. Es como la locomotora en relación a los factores de impacto de las revistas. Es una disciplina muy regente que ha tomado hegemonía por sus significados innovadores.

Yo pienso que las jóvenes quieren descontar bastante el tiempo de la omisión, la postergación, la discriminación, el letargo de «esto no es para mujeres» y van justamente a desempeñarse en el área de aquellas disciplinas que significan rupturas de mayor vértigo. La genética, por ejemplo, es marcadora y limitadora de los reconocimientos meritocráticos de la calidad de publicaciones - las revistas dedicadas a biología molecular son de altísima graduación y demarcan la expectativa del factor de impacto para el resto de las publicaciones. En Argentina, mientras fui directora del CONICET me opuse absolutamente a que tuviéramos régimen de calificación por factor de impacto de nuestras publicaciones. Ya habíamos cedido bastante con las indexaciones. De todas maneras, países como España, utilizan en la evaluación el factor de impacto que mide también a las revistas en el área de Sociales y Humanidades.

Soy una combatiente de este invento del «mercado de ciencias», convalidante de fórmulas vinculadas con las condiciones de poder de las ciencias. Me refiero a pujas de intereses, de aplicaciones que tienen que ver con la posibilidad de allegarse formas de expresiones más fuertes y frondosas en el área del capital simbólico y también material. Entonces, hay un cuestionamiento desde hace tres décadas respecto del factor impacto que es muy arbitrario y que se rige por el orden de las citas. Es un grave perturbador y confunde la calidad de las producciones, pues no todo lo que se publica en las revistas con alto factor de impacto es de excelencia. Un artículo mediocre ingresa a esos estándares y pasa a ser considerado de alta calidad porque el medio le da la calificación.

VV-SD: —*Por último, con qué reflexión te gustaría cerrar esta entrevista.*

DB: —Las feministas no propiciamos la lucha contra los varones, propiciamos la erradicación del patriarcado, que es otra cosa.